

DEMONÍACO

JESÚS DIAMANTINO



minotauro

Jesús Diamantino

DEMONÍACO

minotauro

Sé que no tienes miedo de un poco de oscuridad...
Porque tú eres la oscuridad.
ASESINO, *Longlegs*

El mal es insidioso.
Te atrapa en pequeños pasos,
en pequeñas concesiones hasta que ni siquiera
reconoces en qué te has convertido.

ERIN GREENE, *Midnight Mass*

¿Cómo se controla a las personas que ya no creen?
Creas algo que temer.

PADRE BRENNAN, *The First Omen*

En 1985, el destacado parapsicólogo español Germán de Argumosa llevó a cabo uno de los experimentos más aterradores de la historia paranormal reciente: la grabación de la llamada “psicofonía del infierno”.

El registro fue realizado en una antigua casona perteneciente a unos amigos del especialista, sitio al que concurrieron importantes personalidades de la alta sociedad española, con la promesa de vivir una experiencia sobrenatural.

Argumosa procedió a instalar un magnetófono en la biblioteca de la planta baja del chalet durante quince minutos para captar ciertas frecuencias extrañas; sin embargo, ninguno de los asistentes esperaba el terrorífico resultado: un agolpamiento de voces, golpes, alaridos e inexplicables sonidos se manifestaron de manera persistente en la captura.

Posteriormente, el investigador dio a conocer a la prensa algunos fragmentos del audio, sin revelar dón-

de lo obtuvo exactamente ni quiénes lo acompañaron esa noche. Advirtió asimismo que jamás mostraría la grabación completa, ya que su espantoso contenido podría trastornar a las personas sensibles.

Pero el aspecto más perturbador de la cinta es su supuesto carácter premonitorio; una de las voces habría vaticinado la muerte de un asistente a aquella reunión, un diplomático chileno quien tres meses después fallecería en extrañas circunstancias.

La psicofonía del infierno sigue despertando la fascinación de los estudiosos del tema hasta el día de hoy. La siguiente historia indaga sobre el origen de este horrible suceso, el cual continúa siendo un misterio.



CAPÍTULO I

Θηρίον

Exōrdium

31 de octubre de 1985

Barrio El Poble-sec, Montjuic, Barcelona

Demetrio Iturrieta observaba el desfile de monstruos y seres estrafalarios a su alrededor: rondaban ante él zombis, arlequines, diversos remedos de Drácula y otras criaturas que no alcanzaba a reconocer. *Ridículo circo*, murmuró reprimiendo una sonrisa. Su disfraz se limitaba a un antifaz rojo y a una capa de seda negra. No estaba muy satisfecho, pero le bastaba con representar, aunque fuera para sí mismo, un leve eco de “La máscara de la muerte roja”.

Daba pequeños sorbos a su vaso de whisky moviendo la pierna izquierda con impaciencia. La invitación del doctor Luis Creu lo había tomado por sorpresa. Todavía llevaba en su bolsillo la elegante tarjeta marrón que le habían hecho llegar a su despacho en la embajada de Chile. La sacó y la leyó otra vez, aún incrédulo:

Estimado señor Iturrieta:

Es un honor para nosotros invitarlo este 31 de octubre a la celebración de Halloween en nuestra nueva residencia en Montjuic. También, si dispone de tiempo, nos complacería que pudiera quedarse a una tertulia privada a medianoche junto al profesor Germán de Argumosa.

Si acepta, un transporte lo recogerá a las 18:30 h y luego lo llevará de regreso.

La invitación es solo para usted.

Un disfraz sería apropiado para la ocasión.

Atentamente,
Luis y Florencia

Miró su reloj de pulsera, faltaban tres horas para aquella enigmática reunión. Había pensado en llegar más tarde para evitar la fiesta, pero no quiso ser grosero con sus anfitriones; estos lo recibieron alegremente y lo dejaron instalado en medio de un grupo de artistas que comenzaron a bombardearlo con preguntas en torno a la situación chilena. Sin embargo, Juan se escabulló a la primera oportunidad y se sentó en un sillón en la esquina de la sala.

Las personas bebían y hablaban animadamente, algunos bailaban o tarareaban la canción “*Thriller*” de Michael Jackson, que comenzaba a sonar. Lo cierto es que él odiaba la celebración de Halloween, le irritaba profundamente el espectáculo de lo *ominoso*, esa comitiva frívola de hombres y mujeres vestidos con atuendos

estrafalarios sin siquiera detenerse en el significado de aquel travestismo cultural.

It's close to midnight

And something evil's lurking in the dark.

¡Una mierda!, se dijo mientras tomaba un nuevo sorbo de alcohol. Acurrucado en aquel sitio de cuero negro como un adorno incongruente, reflexionó sobre la estupidez humana. La gente elegía vivir así, adormecida bajo el velo de la realidad. Este pensamiento molesto resonaba en su cabeza. No podía evitar sentirse cómplice de múltiples horrores, como el engranaje de una maquinaria abismal. A su pesar, le costaba acostumbrarse a la secreta presencia del miedo.

Había conocido a Argumosa por un reportaje televisivo sobre las caras de Bélmez, aquel bullado caso sobre supuestos rostros espectrales que aparecieron en una casa en un pueblo de Jaén. Tiempo después logró escuchar una de sus conferencias en un teatro de Madrid. De ahí en adelante, siguió con entusiasmo sus trabajos. Fue una afortunada coincidencia que Creu, su nuevo médico, lo conociera; más aún que compartiera su interés por lo paranormal.

Sabía muy bien que la invitación a esa fiesta era también un pase al círculo íntimo de Argumosa y eso, lejos de complacerlo, lo mantenía inquieto. Se

preguntaba qué otros monstruos artificiales de los que transitaban alegres por los rincones de la casa eran parte también de ese grupo: ¿el hombre lobo que reía de manera estridente?, ¿la caperucita roja de senos abultados que coqueteaba con el hijo de Frankenstein?, ¿la monja ensangrentada que se tambaleaba por la borrachera?, ¿la mujer atractiva y solitaria que vestía el camisón celeste de Rosemary Woodhouse?

Estaba extrañamente perturbado.

La fiesta llegó a su fin cuando la monja sangrienta tropezó dramáticamente con la mesa de la coctelería. Algunos invitados corrieron a ayudarla mientras otros tantos se carcajearon descaradamente. La mujer se paró con dificultad y disimuló su vergüenza con una sonrisa. Mientras uno de los mozos limpiaba el desastre, Creu y su esposa aprovecharon para dar las gracias a los asistentes en voz alta y desearles un buen regreso a casa. La gente comenzó a tomar sus cosas y a despedirse, imponiéndose una tranquilidad acompañada por el sonido de los vehículos que arrancaban en la calle.

Demetrio revisó nuevamente su reloj y comprobó ansioso que ya era medianoche, y se mantuvo sentado a la espera de que su anfitrión le dijera algo. Ya solo unos cuantos invitados quedaban dispersos al interior de la casa, incluyendo a la enigmática Rosemary.

En el momento en que comenzó a sonar "*I've got to use my imagination*" de Gladys Knight & the Pips,

Argumosa entró en la sala del brazo de Creu y Florencia, como un espectro gótico que esperaba hacer su aparición teatral. Vestía un sencillo traje estilo inglés de color gris, camisa blanca y corbata roja de seda; su rostro delgado, de nariz aguileña, cejas anchas y una pronunciada barba color castaño, manifestaba cierto aire de autoridad. Su atuendo, muy lejos del carácter lúdico de los disfraces de los contertulios, parecía invitar a la solemnidad del rito.

Creu nos pidió reunirnos en la sala de estar. Una vez sentados ahí, el anfitrión se dirigió a nosotros:

—Quisiera agradecerles profundamente que hayan aceptado la invitación a esta pequeña reunión. Para Florencia y para mí es un verdadero honor contar con ustedes, en especial con la presencia de nuestro querido amigo Germán de Argumosa —dijo tomando la mano de su esposa y mirando con afecto al invitado de honor—. Por supuesto, resulta innecesario enumerar sus valiosas contribuciones al campo de la parapsicología, la filosofía y, por qué no decirlo, de la ciencia —declaró casi con vehemencia—. Sin embargo, es evidente que para todos ustedes el propósito de esta velada es un enigma.

El grupo estaba conformado por cuatro personas además de Argumosa y los dueños de casa: el abogado Vicente Canals (el monstruo de Frankenstein); su esposa, Silvia Oroz, psicóloga psicoanalista (la mujer

pantera); la cineasta cubana Luz Merrick (Rosemary Woodhouse) y Demetrio Iturrieta, agregado cultural chileno en España (la muerte roja).

—Esta noche —prosiguió Luis— llevaremos a cabo un experimento. Específicamente, intentaremos grabar una psicofonía.

—Prefiero el término “paraфонía” —corrigió Argumosa con voz afable pero autoritaria.

—Perdón, profesor —retomó Creu—. Si usted lo desea, puede explicar a nuestros convidados la distinción del concepto...

—Encantado —sonrió el catedrático. Se llevó a los labios una copa de vino que Florencia le había traído y paseó su mirada inquisitiva sobre el grupo—. El término “psicofonía” es una composición de las palabras griegas *psique*, que significa “mente”, y *fonos*, que quiere decir “sonido”. La expresión alude a la manifestación de un estado alterado de la mente, cuya energía puede llegar a ser contenida en un registro sonoro. Sin embargo, lo que se conoce habitualmente como psicofonía es la grabación de voces de origen desconocido, las cuales, al provenir de un plano de realidad alternativa, llámese “más allá”, son de naturaleza paranormal. Por eso prefiero el término paraфонía.

—¿Es como si un médium fuera reemplazado por la tecnología? —preguntó con ironía Silvia Oroz.

—En absoluto —respondió Argumosa borrando la sonrisa de su rostro—. La labor de un médium consiste en establecer una conexión telepática con los muertos, ser el canal para que los espíritus puedan comunicarse en el plano terrenal. En otras palabras, el médium lleva a cabo un rito de despersonalización, ya que cede su cuerpo como un recipiente para ser habitado momentáneamente por una entidad extraña. En cambio, una parafonía responde a una pretensión experimental, no a una búsqueda de despojos de la vida de ultratumba.

Demetrio ya conocía hace mucho las aprensiones del profesor respecto al espiritismo; al igual que él, pensaba que esa creencia se había transformado en un entretenimiento aburguesado y vulgar muy alejado de la exploración legítima sobre lo paranormal.

—De hecho... Yo no creo en fantasmas —declaró Creu con seriedad—. Por favor, no crean que hoy intentaremos comunicarnos con los muertos —dijo esto mirando con dureza a la señora Oroz—. Los convoqué aquí en calidad de testigos de un estudio de campo, el cual podría tener éxito o no. Germán sugirió que el grupo fuera reducido y que estuviera conformado por personas razonables y sensibles a lo paranormal.

—¿Sensibles a lo paranormal? —preguntó Luz, intrigada.

—Así es —indicó Argumosa—. Usted, por ejemplo, realizó hace un par de años un documental acerca de la

Regla de Osha-Ifá, que indagó sobre los poderes sobrenaturales de los santeros cubanos. Más allá del estudio de la diáspora africana, ¿qué la llevó a elegir ese tema?

—Mi abuela era santera y quise honrar la tradición cultural de mi familia —confesó la cineasta. Aunque evitó reconocer que su indagación era solo por motivos estéticos, jamás una intención de comprobar nada.

—Comprendo —dijo Argumosa con tono afectuoso—. No digo que usted crea en los *orishas*, pero el solo hecho de interesarse en el ámbito de lo desconocido, aunque sea para fines artísticos, revela su sensibilidad o, más bien, su disposición a aceptar nuevos puntos de vista.

Luz sonrió con hipocresía y asintió.

Entonces el profesor se dirigió al resto:

—El señor Canals es un coleccionista entusiasta de arte funerario, sé que posee piezas invaluables, como joyas de las tumbas de la cultura chimú o máscaras mortuorias de artesanos romanos; la señora Oroz utiliza la hipnosis y la regresión como método terapéutico en sus pacientes. Y el señor Iturrieta, además de ser un obsesivo lector, entiendo que ha seguido con atención mis investigaciones.

—También es cineasta —agregó Creu con suspicacia—. Aunque todavía no realiza ninguna película. ¿No es así?

—No se equivoca, el trabajo en la embajada me ha desviado del camino de la creación —mintió Deme-